

Intrahistoria

María Huertas

En esta noche, la aparición inesperada de una cucaracha puertorriqueña preocupó a mis tres hijos y a mi pareja. Tú le hubieses puesto fin con un chancletazo o te hubieses buscado la bomba manual de insecticida para acallar los gritos de una miedosa. Tu nieta se levantó horrorizada. Corrió temerosa de que le volara encima y le dejara sus gérmenes a rastras.

La visita de la cuca me produjo insomnio. Por eso alargué mi mano a la **Pilot Precise** para con un fondo musical, desmohecer mi cerebro que quiso vacacionar cuando anunciaron la ventana por la que se tirarían la mayor parte de mis compañeros: empleados públicos cansados, enfermos o desmotivados.

El brillo de tus canas me invita meterme bajo tu ala. Te canto la canción popular que te devolvía la esperanza de ver sufrir al que tantas huellas emocionales y físicas te infligió cuando te dejaba... borracho... la compra a mitad del camino, cuando veía celajes de tus chillos correr a su llegada, cuando te levantaba la mano o te hincaba el puño en injustificados ataques de cuernos.

Los versos de tu composición predilecta, los que tantas veces cantarás frente a tu máquina **Singer** al confeccionar los diseños de **Lana Lobell**, se pierden en tu memoria. Los intentas. Te esfuerzas en formarme coro.

-Sé que sufrirás...

-ras...

-Porque tú hiciste sufrir mi corazón...

-on...

-Es una deuda que tienes que pagar...

-ar...

-Como se pagan las deudas del amor...

-or...

Celebro tu esfuerzo; me río y te ríes. Disfruto la chanza que me levanta el ánimo después de observar, por los visuales de Tele Once, cómo un míster con macana arrastra como animal a un obrero ensangrentado. Lo lloré, Vieja. Lo lloramos Rubén y yo en la sala de mi casa. Me alejé con el pecho apretado y un taco que me estrangulaba la garganta. Lo liberé abrazada a una columna de mi balcón.

Te me acerco. Hoy, que me arropa la angustia, siento como nunca la necesidad de un abrazo. Te rodeo con mis brazos y recuesto mi cabeza en tu hombro y puedo definir la palabra ternura por tu olor a vieja y por la devoción profunda que este momento íntimo permite. Te sumerges en tu letargo. Quisiera discernir qué se oculta en tu conciencia que te impide el diálogo, que te aprisiona la palabra en los momentos que deseo que fluya para comentar estas noticias del momento -la tormenta que desató la venta de **Fortunata**- o del progreso académico de tus nietos. Has perdido, Vieja, hasta tu habilidad para matar las cucarachas que nos vienen a visitar. Tú eras más diestra con la chancleta que yo con estos rociadores de «Real Kill».

¡Si pudiera, Vieja, confeccionar el patrón que te devuelva la memoria! ¡Si pudiera enhebrar tus recuerdos o zurcir las desgarraduras por las que se escapan de tu cerebro los nombres de tus hijos y de tus nietos! ¡Si pudiera entallar el tiempo para eliminar los torcidos que la artritis y la osteoporosis le dieron a tu cuerpo! ¡Si pudiera, Vieja, si pudiera!

-A ver, Vieja, pecho de paloma. Endereza tu cuerpo. ¡Enderézate, Vieja, y mira al cielo!

-¿Y le miro los güevos a Dios?- Me preguntas, mientras buscas en mi cuerpo el balance perdido del tuyo.

Tu respuesta me paralizó del asombro. Siento que me tiraste un gancho de izquierda. ¡Mala mía, Vieja, por pretender que, a tus ochentaitrés, camines como modelito de pasarela; por pretender que tus **Ariceft** funcionen con la eficacia que dicen que tiene la **Viagra** que tiene a tanto viejo revuelto! Y

no te miento si te digo que a su descubrimiento le atribuyen serios efectos psicológicos en este país con repetidas amenazas de Paro. Es más, me alegra que con ¿lucidez? articules una pregunta que aunque me ha escandalizado, la has hilvanado por completo.

Te sumerges en tu letargo. Abres y cierras la boca y tu mirada se pierde en el vacío. Tratas de hilvanar oraciones que se te quedan a medias. Las palabras te juegan sucio, Vieja, y se esconden tras tus cuerdas vocales. Te lanzo preguntas a ver si liberas tus pensamientos y sólo me contestas con monosílabos.

-¿Tragaste, Vieja?- Te pregunto porque al parecer se te olvidó que tengo un bocado en fila hace varios minutos.

-Siiiiiiií.

¡Qué embuste! ¿Entenderías lo que te pregunté? Te engullo como engullías tú a tu gallina pescuecipelá de cuello torcido. Aquella gallina cuadraplégica acostada de pecho que esperaba la metieras en tu falda, le abrieras el pico y le empujaras los granos de maíz y le inclinaras la tapita con el agua. Yo, que la detestaba por su peste a orines y a mierda. En cambio, tú, a lo Madre Teresa, sacabas de tu tiempo para atender a animales enfermos y a todo el que te solicitaba en el barrio.

Al recordar estas escenas es que comprendo, Vieja, las lecciones de vida que no se aprenden de diatribas, ni de imposiciones ni cantaletas. Por eso disfruto tu olor a vieja, tus puestas de chancletas al revés, y hasta te confieso, los sonrojos que me haces pasar como cuando comentaste en la cita médica que el señor que te quedaba de frente, se levantó del asiento «porque se le estaban quemando los cojones».

Te me acerco. Al echarte el brazo, mi mano tropieza con tu joroba y me parece identificar en ella las curvitas que juntas recorrimos cuando te acompañé a puyar por tantos sectores de Espinosa: Guarisco... Chícharo... Río Lajas... Tu rúbrica quedó grabada, Vieja, en glúteos o brazos que tu servicio

sincero y desinteresado, sin diploma y sin tarjetas de presentación, tanta gente del barrio solicitaba. ¡Tenías manos benditas!; ¡benditas tenías tus manos!

-¡Voy a acostarte, Vieja!

-¡Sí, a acostarnos!

Te llevo a tu cuarto y, con mi pecho apretado, Vieja, te arropo, te beso. Tu imagen la aprisiona mi retina y me llevo tu olor impregnado en mi olfato. Tus valores los llevan mis hijos y, cuando tenga mis nietos, aunque me faltes, me ayudarás a formarlos. ¡Duerme tranquila, Vieja! ¡Qué descanses!